FIELES DIFUNTOS – ORDINARIO (CICLO A)

Lamentaciones 3,17-26. *Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.*

Salmo 129. *Desde lo hondo a tí grito, Señor.*

Romanos 6,3-9. *Andemos en una vida nueva.*

Juan 14,1-6. *En la casa de mi padre hay muchas moradas.*

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Si ayer, festividad de todos los santos, contemplábamos con alegría a tantos y tantos hermanos nuestros que tras haber pasado de este mundo al Padre gozan ya de la gloria de Dios, hoy nos fijamos, con ánimo agradecido, en aquellos hermanos que, habiendo cruzado ya el umbral de la muerte, esperan de la misericordia divina la apertura para ellos de las puertas del reino.

Nada está tan cercano a la vida del hombre como la muerte. Y sin embargo, nuestro mundo parece ignorar este hecho. «Nuestras vidas son los ríos / que van a parar al mar, / que es el morir...» cantaba el poeta con razón, pero no con toda la razón, ya que nuestra meta no es la muerte sino la gloria.

El Concilio Vaticano II dice (GS 18) que el máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo.

Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge del corazón humano.

Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado.

Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Ahí radica nuestra esperanza.

Hoy hacemos nuestra oración y ofrecemos el sacrificio de la Misa por nuestros hermanos difuntos. «*Es una idea piadosa y santa rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado*» (2 Mac 12,46). La oración por los difuntos, anclada en la más

profunda tradición cristiana se funda, queridos hermanos, en dos hechos fundamentales de nuestra fe:

– En primer lugar, rezamos por nuestros difuntos porque creemos en la resurrección. Si no creyéramos en la resurrección sería inútil rezar por los muertos, dice el libro I de los Macabeos. San Pablo en su primera carta a los corintios también se hace eco del tema y dice: «*Cristo ha resucitado de entre los muertos, como anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte. Porque lo mismo que por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y como por su unión con Adán todos los hombres mueren, así también por su unión con Cristo, todos retornarán a la vida*» (1 Cor 15,20-22).

– En segundo lugar, rezamos por los muertos porque creemos en la comunión de los santos. Según el concilio, «*todos, aunque en grado y formas distintas, estamos unidos en fraterna caridad y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios. Porque todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu crecen juntos y en El se unen entre sí, formando una sola Iglesia (cf. Ef., 4,16). Así que la unión de los peregrinos con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe; antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se fortalece con la comunicación de los bienes espirituales*» (LG 49). Nos sentimos unidos con los difuntos, y rezamos por ellos, al igual que ayer reconocíamos la intercesión de todos los santos por nosotros.

Pero en un día como este, en el que recordamos con memoria agradecida el paso por nuestras vidas de tantos y tantos seres queridos -pensemos en ellos-, no podemos dejar de afianzar tres propósitos en nuestro corazón:

– El primero debe ser *nuestro compromiso con la vida*, que se funda en el amor que Dios nos tiene. El Dios vivo «*no ha hecho la muerte, ni se complace en el exterminio de los vivos. Él lo creó todo para que subsistiese, y las criaturas del mundo son saludables*» (Sab 1,13-14). El cristiano, en todo momento, bajo cualquier circunstancia, siempre, debe ser amigo de la vida, desde la concepción hasta su término natural.

– Nuestro segundo propósito debe ser hoy *afianzar nuestra fe en la victoria de Jesucristo sobre la muerte*. Y de ahí debe nacer un estilo nuevo en nuestra vida cristiana, un estilo animado siempre por la alegría de saber que Cristo es nuestra vida, que en él y por él todos estamos llamados a la vida. Que en él y por él todos podemos vencer a la muerte y a todos los ámbitos de muerte de nuestra existencia.

– En tercer lugar, hoy estamos invitados a *vivir desde la esperanza*. En tiempos recios y de crisis como los nuestros el cristiano debe brillar como luz en medio de las tinieblas, haciendo resplandecer la esperanza de una salvación nueva en Cristo Jesús, Salvador de todo el género humano. Así nos invitaba Benedicto XVI desde su encíclica *Spe Salvi*.

La Eucaristía que celebramos es el memorial de la muerte y resurrección de Cristo, misterios a través de los cuales el Señor nos ha abierto el camino del cielo. Hoy la ofrecemos poniendo sobre el altar a nuestros hermanos difuntos, con la firme esperanza de que nuestras oraciones serán escuchadas, y el Señor que es bueno, les dará el premio a la fe y a las buenas obras.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

La muerte no es el final, sino el paso a la vida eterna. ¿Vivo con la esperanza puesta en Cristo resucitado, que ha vencido la muerte, o dejo que el miedo y la incertidumbre me impidan confiar plenamente en la promesa de la vida eterna?

Recordamos con amor a nuestros difuntos y los encomendamos a la misericordia de Dios. ¿Cómo vivo el recuerdo de las personas queridas que han fallecido? ¿Sé transformar el dolor de su ausencia en gratitud por lo compartido, oración por su eterno descanso y esperanza en el reencuentro definitivo con Dios?

¿Qué cambia en mi manera de vivir, de amar y de afrontar las dificultades saber que estamos llamados a resucitar con Cristo? ¿Estoy preparando mi encuentro definitivo con el Señor mediante una vida de fe, caridad y fidelidad al Evangelio?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL

_____
_____
_____
_____